

***Vibra aún el arpa muda: (la crítica y el poeta: poesía del siglo XIX) antología.* Mónica Velásquez Guzmán (Coord.). La Paz: Instituto de Investigaciones Literarias; Plural Editores, 2019.¹**

Adriana Pacheco
Universidad de Texas, Austin²
Proyecto Hablemos, escritoras

Hace ya un tiempo que no volvía a la crítica sobre literatura del siglo XIX, mi otra pasión en el mundo de las letras. Hoy *Vibra aún el arpa muda (La crítica y el poeta: poesía del siglo XIX)* (Plural editores, 2019) antología coordinada por Mónica Velásquez Guzmán, me hace regresar a ella, a su ritmo pausado y docto, a pensar en esa visión de bibliotecas, archivos, hemerotecas y colecciones privadas en donde nos perdemos los que nos fascina ese siglo. Regresar a los acervos de nuestras historias literarias tan conectadas en Latinoamérica y a la vez tan extrañas entre país y país; tan en conflicto con la hispanidad a la vez que tan ambivalentes con nuestras culturas originarias —si bien rescatadas en ese tiempo por muchos como emblema patriótico, como curiosidad antropológica o como carga para el progreso—, me permite reconocer hoy mis propias limitaciones y carencias en tanto al conocimiento de la literatura decimonónica de Bolivia. Acercarme a este libro me ayuda a despertar una curiosidad transformada después de tantos años de estar sumergida en las aguas de las letras contemporánea y me enriquece aún más en las posibilidades de establecer conexiones entre un pasado, que en apariencia está remoto y un presente que es su eco, en donde el hoy hace sentido del ayer, a la vez que nos previene del mañana.

Con más de 700 páginas, este volumen magistral y tal y como lo dice en su contraportada, surge de un proyecto colaborativo, “La crítica y el poeta”, que empieza en 2010 con la finalidad de asentar un canon crítico

1 Nota: La autora originalmente tituló su reseña “Vibrar con el siglo XIX. Vibra aún el arpa muda: una antología de poesía”. Se mantiene esta información para respetar la intención de la autora de transmitir este mensaje, aunque el formato estándar de publicación requiere que se use el dato bibliográfico como título.

2 Profesora jubilada.

sobre la tradición poética boliviana, a la vez que pretende formar investigadores que sigan ahondando en su estudio con una mirada que actualice el pasado. Además de la selección poética que aporta, con más de 45 nombres de autores, el libro tiene un extenso y exhaustivo prólogo escrito a tres manos por Mónica Velásquez Guzmán, Bernardo Paz y Juan Pablo Vargas donde se explica que la propuesta es hacer una lectura cronotópica y no epocal de estos trabajos. Esto, permite que se revisen las obras no en la manera de la árida catalogación a la que muchos volúmenes sobre el siglo han recurrido, sino que se imaginen en diálogo y correspondencia dentro de una visión más contemporánea de la historiografía y del estudio de la literatura.

El libro aporta a la conversación desde varios sentidos. En primer lugar, nos educa en la historia literaria del país de Adela Zamudio y Alcides Arguedas, con abundantes ejemplos que nos permiten reconocer los distintos temas desde donde los poetas negociaron con otras regiones del continente, sus conceptos de libertad, identidad nacional, y autodefinición como naciones independientes. Pues, aunque es verdad que intuimos estas negociaciones y similitudes —especialmente viniendo de una historia colonial y colonizada similar— antologías como estas nos permiten ver los finos matices en cuanto a lo estético, al contenido y al momento histórico que estaban viviendo.

La selección de trabajos y nombres que hace el libro desde el contexto hispanoamericano y no solamente latinoamericano nos permite como lectores del siglo XXI reconocer el continuo diálogo que los escritores decimonónicos tuvieron con España, así como el conflicto de un tema inacabado y complejo, que es la relación de Latinoamérica con el país conquistador y colonizador como en la obra de Benjamin Blanco. En este mismo sentido, la poesía en *Vibra el arpa* saca a la luz los conflictos entre los mismos países del continente que afectaron tanto su geografía durante el siglo XIX en aras del expansionismo y el colonialismo, como la Guerra entre Chile y Bolivia, o Guerra del Pacífico (1879-1884), que privó a esta última del acceso al mar, dificultando aún más sus posibilidades de desarrollo como nación.

Fundamental la reflexión que hacen los prologuistas sobre el papel que el idioma tiene en este proceso identitario, en donde se piensa y se reafirma que, “irremediablemente”, “Nos sostenemos sobre el idioma de nuestros colonizadores”. Son estas tensiones culturales e idiomáticas las que nos representan, pero en el siglo XIX, con la predominancia del neoclasicismo, que se da en el mismo tiempo que los esfuerzos por alejar-

se de España y de consolidar un sentir nacional, es cuando estas tensiones entran aún más en conflicto. Los escritores buscan el origen literario del idioma, pero ¿cuál idioma? ¿Es el latín como en el caso de José Manuel Loza quien insiste en que se le dé un lugar en nuestra escritura? ¿O son las lenguas originarias como el quechua y el aymara, como en la escritura de Carlos Felipe Beltrán? ¿O es la reafirmación de la identidad a través de la enumeración de las cosas, los lugares y la geografía donde se da en “un proceso de apropiación de la propia lengua, una búsqueda de una estética americana, una serie de intentos por encontrar lo propiamente “nuestro” en la literatura” (38)? como sucede también en otras partes del continente como con el poeta chileno Andrés Bello y su *Silva a la agricultura de la zona tórrida* o *La gramática de la lengua castellana*.

Es de gran utilidad para entender el contexto la distinción que hace el prólogo sobre las diferencias entre poema, poeta y poesía en la visión del siglo XIX, donde para leer poesía es necesario recurrir, no a libros, sino a los periódicos de circulación semanal en donde los poetas publicaban. Esta diferencia para el escritor y la escritora decimonónicos radica en que el género se entiende como “una unidad independiente del libro, una entidad económica plausible de publicarse en los diarios o revistas” (41). El prólogo puntualiza así: “Se puede decir que, en el mismo siglo XIX, dos tendencias se desprendían dentro de esta línea: por un lado, quienes definen la poesía desde criterios formales que incluyen los niveles sentimental, conceptual, perceptual y técnico [...] y quienes creen que, aunque lo anterior es imprescindible, no basta para ser poesía, pues ésta residiría, más bien, en cierta hondura” (43).

Otras dos ideas en relación con la identidad que se ven en la poesía reunida en este libro es, por una parte, la coincidencia a nivel continente respecto a “la América” como la depositaria de la “raza cósmica”, como lo vemos en Emeterio Villamil de Rada con su *La lengua de Adán* y su *El hombre de Tiakuanaco* (36) que sin lugar a duda está en diálogo con José Vasconcelos en México y su propia “raza cósmica”. La otra es la visión sobre el afrancesamiento, que se vio como un signo antipatriota y conflictivo y como una muestra de diferencia social y clase, así como la introspección a lo íntimo, a lo social, a lo local.

El prólogo nos refiere a otro tema fundamental para el estudio del siglo: el caudillismo, en el caso de Latinoamérica es uno de los personajes más complejos del siglo XIX, puente entre tradiciones e instrumento de transición entre la época colonial y la época de independencia pues, como bien dice el libro, “ni siquiera la noción de ‘boliviano’ era clara”.

Lo mismo sucede con el papel de la religión, los milagros, las apariciones y la relación entre Poder e Iglesia en donde se da incluso una especie de mesianismo. Diversos autores en el libro escriben sobre su relación con Dios, la Iglesia, Jesucristo y por supuesto la Virgen María, figura tan importante en la devoción latinoamericana. Es importante llamar la atención sobre el caso del “marianismo” y en la manera como a través de la poesía y la literatura esta sirvió para definir y construir una idea sobre la mujer “perfecta” y reafirmar una separación de la sociedad por género.

Invaluable el trabajo de recuperar la producción literaria por escritoras, aportando nombres como: María Josefa Mujía, Mercedes Belzu, Clotilde Méndez, Sara Ugarte de Salamanca, Lindaura Anzoátegui, y por supuesto Adela Zamudio. En ellas se observa la gran variedad de temas que abordan, no solamente desde lo íntimo, lo doméstico, el amor, y lo familiar, como se ha etiquetado equivocadamente toda esta literatura y que nos refiere a la etiqueta de escritura “femenina”.

En un último punto sobre mi lectura de este libro es que nos ayuda a no pensar la literatura desde el gran error de tratar de homogeneizar al siglo como uno solo, sin pensar en que no es lo mismo la “literatura pre-independentista” —vista como un termómetro del espíritu de cambio que se está gestando entre las clases participantes: peninsulares, criollos, mestizos e indios—, que la literatura colonial del siglo XVIII, como en algún momento se trató de ver al siglo XIX como la extensión del previo. Ni tampoco ver los matices que distinguen la producción literaria del periodo de “consolidación de las independencias”, mismo que ve hacia Europa y los Estados Unidos como en la obra de Jorge Manuel Sosa (33), con la producción poética de las últimas décadas del siglo, ya en el ímpetu de las vanguardias.

Una antología es una obra de arte. El cuidado de hacer un proyecto, la convocatoria, consolidación y la organización de los textos no es tarea fácil. En los últimos años, hemos visto una importante producción de antologías sobre poesía del siglo XIX y de los inicios del XX en distintos países, como lo reviso en el blog de Hablemos, escritoras, en donde me refiero a libros como *Entre el aliento y el precipicio/Between the Breath and the Abyss. Poéticas sobre la belleza/Poetics on Beauty* (Armagord, 2021) a cargo de Keila Vall de la Ville; *La ciudad de los poemas. Muestrario poético de la Ciudad de México Moderno* (Ediciones del Lirio, 2021), selección de Claudia Kerik; y *Xochitl in Cuicatl: Floricanto Poemario Chiacen/Latinex Contemporánea (1920-2020)* (Editorial Polibea, 2021) por Gabriella Guierrez y Muhs. *Vibrar el arpa muda* se inserta en esa tradición para poner

en diálogo a nuestro gran continente y educarnos en “el siglo” así como ver las influencias que aún arrastramos de él.

Leer estos estudios a lo largo del tiempo es una manera de reconocer las contradicciones que siguen marcando nuestra perspectiva y los modos de vida que han sido predeterminados por una serie de factores que parece, a veces, inamovibles. Conceptos como nación, patria, identidad, raza, clase, los roles de género, o el lugar de los pueblos originarios, son ahora parte de las discusiones sobre xenofobia, racismo, violencia doméstica, conservadurismo radicalizado, pobreza, marginación, populismo y demagogia, que atraviesan nuestro continente. Leer desde nuestros ojos contemporáneos, como lo propone este libro, es disfrutar de la belleza estética de la poesía decimonónica a la vez que reubicamos en el contexto que vivieron los autores. Y, a partir de ahí, leer la literatura de hoy y pensamos a nosotros mismos como producto de una tradición. Quedamos todos invitados a vibrar con el siglo en esta gran aportación al estudio y la crítica de la literatura.